

El Madrid subjetivo de Isidora, *La desheredada* de Galdós

Clara MARÍAS MARTÍNEZ

Universidad Complutense de Madrid
clara.marias@gmail.com

RESUMEN

En muchas novelas de Galdós, la descripción realista de los espacios interiores y exteriores, públicos y privados de la ciudad no se agota en la mirada objetiva del narrador, sino que se completa con la visión subjetiva de los personajes, que moldean y deforman el paisaje urbano según sus deseos, prejuicios y obsesiones. En *La desheredada*, el espacio tiene una función esencial ya que es el espejo de la imaginación extremada de la protagonista, y su convicción de que tiene orígenes nobles la lleva a rehuir determinados barrios y casas y a soñar con otros, en una lucha constante entre la realidad y el deseo.

Palabras clave: Galdós, *La desheredada*, Madrid como tema literario, espacio subjetivo.

ABSTRACT

In most of Galdós novels, the realistic description of inner and exterior, public and private spaces of the city doesn't end with the narrator's objective perspective, but is completed by the subjective sight of the characters, that mould and deform the urban landscape according to their wishes, prejudices and obsessions. In *La desheredada*, the space has an essential function, as it is the mirror of the extreme imagination of the main character, and her conviction of being noble moves her to avoid some neighbourhoods and houses and to dream of others, in a constant fight between reality and desire.

Keywords: Galdós, *La desheredada*, Madrid as literary theme, subjective space.

En *La desheredada* (1881), novela considerada por la crítica como el inicio de la etapa naturalista de Galdós, el espacio adquiere una importancia vital tanto en el desarrollo de la trama como en la evolución de los personajes. Frente a *Doña Perfecta* (1876), donde una ciudad ficticia, símbolo de la provincia, se oponía a la imagen de la capital, encarnación de los avances decimonónicos, o del vicio y la corrupción según la visión de doña Perfecta, Madrid aparece en *La desheredada* como espacio inspirado en la realidad aunque transformado por los personajes. La capital es retratada en toda su complejidad y variedad, pues la acción no se centra en un solo barrio, como ocurrirá después en *Tristana*, sino que los personajes nos llevan por numerosas zonas, desde los espacios más representativos como La Castellana, el Paseo del Prado o el Congreso, hasta los espacios recientemente abiertos al público, al pasar a manos del Estado, como el Museo del Prado o el Retiro; desde los espacios más populares o miserables, como los ventorrillos, el arrabal de Embajadores o las afueras de vertederos y chabolas, hasta los destinados a la nobleza – el decadente palacio de Aransis–, o a la cada vez más poderosa burguesía –el recién construido Barrio de Salamanca–. De la mano de los personajes, se recorren las calles del centro, llenas de escaparates con nuevos productos, y se visita a las modistas; pero también se entra en locales de menor postín como una cacharrería, una imprenta y taller litográfico, o una ortopedia. Quizás los espacios más sorprendentes en los que se introduce al lector sean el manicomio de Leganés, muestra de las instituciones sanitarias de la época al mismo tiempo que símbolo de Madrid como espacio de enajenación; o una soguería, indicio de la paulatina industrialización vivida por la ciudad, y rasgo de la estética naturalista a la que se acerca Galdós con esta novela.

Sin embargo, lo más interesante que la novela aporta en cuanto al espacio no es el inventario de lugares de la geografía madrileña, sino la imagen de la ciudad que proyecta la protagonista, Isidora Rufete, joven fantasiosa que llega de La Mancha, que reniega de sus orígenes (hija y nieta de burócratas de segunda fila) y que cree ser la heredera de la marquesa de Aransis. Desde esta perspectiva de insatisfacción con la realidad que le ha

tocado vivir, Isidora expande sus ambiciones, deseos y prejuicios por las calles, casas y espacios de la ciudad; bien para avergonzarse de ellos y rechazarlos frontalmente, bien para intentar llegar a ellos con todas sus fuerzas y a cualquier precio. La problemática identidad de la protagonista, por tanto, se ve reflejada en su reacción ante el espacio que la rodea, en su anhelo de dejar atrás los barrios y casas pobres en los que le toca vivir, para lograr un entorno más acorde con la que cree ser su condición. La ciudad funciona como un mar inhóspito que la expulsa, la zarandea de un barrio a otro, de una casa a otra, en un vaivén constante que le resulta imposible controlar. La difícil movilidad de una clase social a otra, el fracaso en las aspiraciones de ascender y ser aceptada en la aristocracia, se corresponden con la imposibilidad de alcanzar un espacio vital digno, ricamente amueblado y situado en un barrio noble. La impermeabilidad de las clases sociales y de su respectiva ubicación dentro de la ciudad choca con el dinamismo de la protagonista, que intenta modificar su adscripción a unas y otra, lo que origina un conflicto que es el motor de la narración. Isidora es víctima de su incapacidad para "hacer realidad lo imaginado", para lograr una buena localidad en el "anfiteatro de la vida"¹. Irónicamente, cuando describe a Tomás Rufete, de quien niega ser hija, se define a sí misma: "no tenía más idea que aparentar, aparentar y ser persona notable" (Pérez Galdós 2007: 86).

Resulta significativo que la primera mención de la ciudad se ponga en boca de un loco, el padre de Isidora, que en el delirio con que abre la novela menciona a "Envidiópolis, la ciudad sin alturas" (Pérez Galdós 2007: 67). La capital, por tanto, se presenta como símbolo de la envidia que corroe y degrada a todo un país, como cabeza de un cuerpo en proceso de corrupción. Aunque surja de la mirada de alguien que ha perdido el juicio, esta imagen debe tomarse en cuenta, ya que Madrid será el escenario de la envidia de Isidora, de su deseo constante de ser otra y de vivir en otro lugar, y también de su degradación moral, lingüística y vital.

La primera mirada de Isidora dirigida a un espacio tiene por objeto el despacho del director del manicomio en que su padre está encerrado, y resulta tan positiva como minuciosa: en menos de un minuto se fija en el mapa de España con sus indicaciones de villas, pueblos, barcos, locomotoras, fábricas; en los libros dentro de un armario de caoba, coronado por un busto... que para ella "cifrabán toda la sabiduría de los siglos" (Pérez Galdós 2007: 88). Es decir, dentro de un lugar que el narrador describe como "lúgubre fortaleza", "bolsa de contratación de manías", "morada de la sinrazón"², Isidora encuentra un oasis de calma, se olvida del "eco lejano y horripilante de risas y gritos" (Pérez Galdós 2007: 88) que se escucha al abrir la puerta, y se fija tan sólo en los objetos más bonitos de la habitación más noble del edificio. Esto sugiere la tendencia del personaje hacia lo alto y su capacidad para ignorar la horrible realidad en que se encuentra.

La visión de Madrid que transmite Isidora va a estar condicionada por su desconocimiento de la ciudad, es decir, por su descontrol del espacio. En su primera visita a su tía y a su hermano, que viven en "uno de los barrios más excéntricos", el de Peñuelas, tarda más de dos horas en llegar desde la calle de Hernán Cortés hasta el "gigantesco paseo de Embajadores". Una vez allí, tiene que tomar una vía que "acaba en horrible desmonte, zanja... o vertedero, en los bordes rotos y desportillados de la zona urbana" (Pérez Galdós 2007: 95). Esta descripción del narrador, marcada por el adjetivo "horrible" y por el carácter borroso de los márgenes de la ciudad se corresponde con la impresión que, según él, tuvo el personaje: "no era muy de su gusto". De forma omnisciente, el narrador nos avisa de que a Isidora lo feo o bonito se le hacía "o enormemente horroroso o divino sobre toda ponderación" (Pérez Galdós 2007: 95). La visión de la protagonista, que aparece en estilo indirecto libre, lo confirma:

Al ver, pues, las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, los faroles de aceite amenazando caerse; al ver también que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango [...]; al oír el estrépito

¹ Se trata de una metáfora empleada por Galdós al hablar de Emilia de Relimpio (*vid.* Pérez Galdós 2007: 396).

² Metáforas empleadas por el narrador (*vid.* Pérez Galdós 2007: 71, 73, 92).

de machacar sartenes, los berridos de pregones ininteligibles, el pisar fatigoso de bestias tirando de carros atascados y el susurro de los transeúntes, que al dar cada paso lo marcaban con una grosería, creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad; era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro. (Pérez Galdós 2007: 95)

Isidora, por tanto, ante su reencuentro con las afueras de la ciudad, que no veía desde pequeña, va a teñir de negro todo lo que ve, en su mente van a ampliarse los sonidos molestos, los objetos vulgares, la suciedad, la miseria, provocándole un rechazo y desagrado totales. El narrador se burla de esta "manía de recargar las cosas" que le lleva a confundir los residuos de industrias de tintes que corren por la "calle-zanja" con "arroyuelos de sangre, vinagre y betún, junto con un licor verde que sin duda iba a formar ríos de veneno" (Pérez Galdós 2007: 96). La protagonista, simbólicamente, se alza las faldas para no mancharse y avanza con repugnancia hacia la casa de su familia. Es decir, desde un primer momento Isidora se opone al que en teoría debería ser su hogar, intenta no impregnarse de su esencia, y aunque no huye de él, se acerca con desdén, imbuida de la idea de que ella no pertenece a ese "barrio donde se repican las campanas cuando se ve una peseta"³.

Una tercera clave de la reacción de Isidora ante los espacios urbanos que encuentra, la da el narrador cuando ella visita la soguería en que trabaja su hermano. El nerviosismo ante este reencuentro provoca que la protagonista sienta como propias las tensiones a la que las cuerdas se ven sometidas en su proceso de fabricación, y sufra con ellas. De este modo, se entremezcla una descripción naturalista de un espacio de trabajo con la visión profundamente subjetiva que ofrece el personaje:

El cáñamo se retorció con áspero gemir, enroscándose lentamente sobre sí mismo. Los hilos montaban unos sobre otros, quejándose de la torsión violenta, y en toda su magnitud rectilínea había un estremecimiento de cosa dolorida y martirizada que irritaba los nervios del espectador, cual si también, al través de las carnes, los conductores de la sensibilidad estuviesen sometidos a una torsión semejante. Isidora lo sentía de esta manera, porque era muy nerviosa, y solía ver en las formas y movimientos objetivos, acciones y estremecimientos de su propia persona. (Pérez Galdós 2007: 104)

La impresión negativa que la soguería le produce lleva a Isidora a querer que su hermano deje de trabajar allí, pues ve incompatibles "ese taller de maromas", ese "trabajo para mulos" con ellos, "personas decentes" (Pérez Galdós 2007: 108). Una fábrica no es lugar apropiado para nobles, así que su hermano debe abandonarla y entrar en un colegio. Una vez más, Isidora proyecta sus sensaciones e ideas sobre los espacios, y esta mirada deformante tiene consecuencias en la vida de los personajes que la rodean.

Evidentemente, a Isidora le resulta imposible quedarse en aquel ambiente, por lo que tras discutir con su tía, que se burla de sus aspiraciones, sale "en busca de la ronda de Embajadores, que debía conducirla a país civilizado" (Pérez Galdós 2007: 112). En su huida, exclama: "¡Qué odioso, qué soez, qué repugnante es el pueblo!" (Pérez Galdós 2007: 113). Abandonemos el Madrid de Isidora Rufete para introducirnos en el Madrid de la nueva Isidora de Aransis, donde, de la mano de su amigo Miquis, descubre los escaparates, el Museo del Prado ("sitio destinado a albergar lo sublime"⁴ donde le sorprende que dejen entrar al pueblo), la Casa de Fieras (que rechaza por ser "espectáculo para el pueblo"⁵), y el Parque del Retiro, para ella un lugar idílico y civilizado:

³ Definición que realiza la tía de Isidora, "la Sanguijuelera", dueña de una cacharrería (Pérez Galdós 2007: 101).

⁴ Esta expresión es una muestra del refinado gusto que tiene Isidora pese a su falta de educación (Pérez Galdós 2007: 117).

⁵ Esta definición de Isidora es síntoma de su actitud elitista (Pérez Galdós 2007: 125).

Aquella naturaleza hermosa, aunque desvirtuada por la corrección, despertaba en su impresionable espíritu instintos de independencia y de candoroso salvajismo. Pero bien pronto comprendió que aquello era un campo urbano, una ciudad de árboles y arbustos. Había calles, plazas, y hasta manzanas de follaje. Por allí andaban damas y caballeros, no en facha de pastorcillos, ni al desgaire, ni en trenza y cabello, sino lo mismo que iban por las calles, con guantes, sombrilla, bastón. Prontamente se acostumbró el espíritu de ella a considerar el Retiro [...] como una ingeniosa adaptación de la naturaleza a la cultura. Echando, pues, de su alma, aquellos vagos deseos de correr y columpiarse, pensó gravemente [...]: "Para otra vez que venga, traeré yo también mis guantes y mi sombrilla". (Pérez Galdós 2007: 118)

Frente a la impresión positiva del Retiro, surge la impresión negativa ante el ventorrillo de los Campos Elíseos, pues le horroriza su semejanza con el ambiente de los arrabales, así que lo desprecia y exige alejarse de allí:

Con desprecio mezclado de repugnancia observó la pared del ventorrillo, que parecía un mal establo, el interior de la tienda o taberna, las groseras pinturas que publicaban el juego de la rayuela, el piso de tierra, las mesas [...], el aspecto del público de capa y mantón que iba poco a poco ocupando los puestos cercanos, el rumor soez, la desagradable vista de los barriles de escabeche, chorreando salmuera... -¡Qué ordinario es esto! -exclamó, sin poderse contener- Vaya, que me traes a unos sitios... [...] -Esto no es para mí-. [...] -Vámonos-. (Pérez Galdós 2007: 126-127)

Isidora encuentra su espacio urbano ideal cuando Miquis le enseña la Castellana, al llegar al barrio de Salamanca tras un largo paseo por los márgenes de la ciudad. Asombrada por los torrentes de coches, su imaginación ve en ellos algo totalmente distinto a su acompañante, un espectáculo de grandeza y modernidad con el que se identifica. Una vez más, la aparición de un elemento popular, los coches de alquiler, estropea, según la inquisidora mirada de Isidora, la belleza y lujo del ambiente:

*Pero Isidora, para quien aquel espectáculo, además de ser enteramente nuevo, tenía particulares seducciones, vio algo más de lo que vemos todos [...]. Tanta grandeza no le era desconocida. Había soñado, la había visto, como ven los místicos el cielo antes de morir. Así la realidad se fantaseaba a sus ojos maravillados, tomando dimensiones y formas propias de la fiebre y del arte [...].
¡Qué gente aquella tan feliz! ¡Qué envidiable cosa aquel ir y venir en carruaje, viéndose, saludándose y comentándose!. Era una gran recepción dentro de una sala de árboles [...] ¡Qué bonito mareo el que producían las dos filas encontradas, y el cruzamiento de perfiles marchando en dirección distinta! Los jinetes y las amazonas alegraban con su rápida aparición el hermoso tumulto; pero de cuando en cuando la presencia de algún ridículo simón lo descomponía.
-Debían prohibir -dijo Isidora con toda su alma- que vinieran aquí esos horribles coches de peseta. (Pérez Galdós 2007: 133-134)*

Sin duda, dentro de la ciudad, la protagonista encuentra la felicidad en los espacios fronterizos entre lo público y lo privado: los escaparates repletos de productos que simbolizan todo lo que ella anhela, pues son una marca de distinción entre las clases sociales y una muestra condensada de lo mejor que hay en el mundo:

[...] había salido por salir, por ver aquel Madrid tan bullicioso, tan movible, espejo de tantas alegrías, con sus calles llenas de luz, sus mil tiendas, su desocupado genio que va y viene como en perpetuo paseo [...]. Al punto empezó a ver escaparates, solicitada de tanto objeto bonito, rico, suntuoso. Ésta era su delicia mayor cuando a la calle salía, y origen de vivísimos apetitos que conmovían su alma, dándole juntamente ardiente gozo y punzante martirio. Sin dejar de contemplar su faz en el vidrio para ver qué tal iba, devoraba con sus ojos las infinitas variedades y formas del lujo y de la moda. [...] Aquí, las soberbias telas [...]; allí, las joyas que resplandecen [...]; más lejos, ricas pieles, trapos sin fin, corbatas, chucherías [...]; después, comestibles finos, el jabalí colmilludo [...]; más adelante, los peregrinos muebles, las recamadas tapicerías [...]. Por mirarlo todo, deteníase también a contemplar las encías con que los dentistas anuncian su arte, las caricaturas políticas de los periódicos [...], los libros, los cromos, los palillos de dientes, las aves disecadas, las

pelucas y postizos [...], las fotografías, los dulces y hasta los comercios ambulantes en que todo es a real. (Pérez Galdós 2007: 172-173)

Aun así, Isidora no se contenta sólo con examinar con su atenta y minuciosa mirada, ella necesita poseer. Por ello, cuando visita el palacio de Aransis que sueña con heredar, la ambición le hace enmudecer. Con su tendencia habitual, convierte el semi-abandonado espacio, descrito con ironía por el narrador, en un lugar ideal, hermoso y deseable:

El palacio de Aransis, situado en la zona de la parroquia de San Pedro, es un edificio de apariencia vulgar, como todas las moradas señoriales construidas en el siglo XVII [...]. La importancia artística de tales caserones es nula [...]. La casa tenía por habitantes el silencio, que se aposentaba en las alcobas, entre luengas colgaduras hechas a imagen del sueño, y la oscuridad, que se agasajaba en las anchas estancias. Por algunas rendijas la luz metía sus dedos de rosa, arañando las tapicerías. (Pérez Galdós 2007: 196-197)

Pasaron de sala en sala, cada vez más admirados [...] Isidora, muda, absorta, abrumada de sentimientos extraños a las emociones del arte, mirándolo todo con cierta ansiedad mezclada de respeto [...]. Isidora se quedó atrás. ¡Qué ansiosas miradas! Sin duda quería recoger y guardar en sí las preciosidades y esplendores del palacio... Cuando llegó a la última sala se oprimió el corazón, dilatado por furioso anhelo, y no con palabras, sino con la voz honda, tumultuosa de su delirante ambición, exclamó: -¡Todo es mío! (Pérez Galdós 2007: 210-213)

Por último, me interesa destacar la conflictiva relación de Isidora con el centro de la capital. En un momento crítico de la novela, después de que la marquesa de Aransis echase por tierra todas sus pretensiones, la joven deambula por Madrid con su padrino, en un estado de confusión y desolación. Sólo al introducirse en la Puerta del Sol y sentir el bullicio y la energía del gentío recupera las ganas de vivir, y el roce de las personas, lejos de asquearle como en otras ocasiones, la reconforta, como si por primera vez aceptara su pertenencia al pueblo, a la muchedumbre:

Al penetrar en las calles bulliciosas, cuya vida y animación convidan a los placeres y a intentar gratas aventuras, sintió la joven que se amenguaba su profundísimo pesar, como el dolor agudo que cede a la energía narcótica del calmante. Se sintió halagada por el contacto de la sociedad [...]. La Puerta del Sol, latiendo como un corazón siempre alborozado, le comunicó su vivir rápido y anheloso [...] Madrid, a las ocho y media de la noche, es un encanto, abierto bazar, exposición de alegrías y amenidades sin cuento. Los teatros llaman con sus rótulos de gas, las tiendas atraen con el charlatanismo de sus escaparates, los cafés fascinan con sus murmullos [...] Isidora observó que en ella renacía, dominando su ser entero, aquel su afán de ver tiendas, aquel apetito de comprar todo [...], de dar satisfacción a cuantos anhelos conmovieran el cuerpo vigoroso y el alma soñadora [...]. A Isidora le gustaba aquella noche, sin saber por qué, el choque de las multitudes y aquel frotamiento de codos. Sus nervios saltaban, heridos por las mil impresiones repetidas del codazo, del roce, del empujón, de las cosas vistas y deseadas. (Pérez Galdós 2007: 274-275)

Sin embargo, se trata de un espejismo, pues no asume la realidad y sigue vendiendo su cuerpo a cambio de conseguir bonitos vestidos y de vivir en mejores espacios, es decir, de mantener un ritmo de vida que no se corresponde con sus posibilidades económicas. Su declive se acentúa, pero no pierde su orgullo: cuando su padrino la acoge en su modesta casa, no soporta vivir en el sur por su carácter popular, pero tampoco pasear por el centro pues el no poder alcanzarlo le duele demasiado:

El barrio en que su mala suerte la había traído a vivir era para la de Rufete atrozmente antipático. Algunas tardes salía [...] a dar una vuelta por la calle del Mesón de Paredes, el Rastro y calle de Toledo, y sentía tanta tristeza como repugnancia. Isidora hallaba en todo: casas, calle, gente, hombres, mujeres y chicos, un sello de grosería [...]. La estrechez de las aceras, obligando al transeúnte a contradanzar constantemente del arroyo a las baldosas, añadía nueva incomodidad a la molestia de la bulla, del mal olor, y del polvo. Expulsada de aquellos sitios por su propia delicadeza y buen gusto, solía dirigirse hacia el norte y acercarse a la Puerta del Sol "para respirar un poco de civilización". Pero no se aventuraba mucho por los barrios del centro, porque la vista de los escaparates [...] le

causaba tanta pena y desconsuelo, que era como si le clavasen un dardo de oro y piedras preciosas en el corazón. La repugnancia de la zona del sur y el desconsuelo de la del centro, la llevaban a las afueras. (Pérez Galdós 2007: 373)

Sólo le quedan las afueras, por tanto, para huir de la tensión entre el sur al que pertenece y el norte al que no podrá pertenecer.

Por último, algunas conclusiones. En el nivel formal, cabe destacar que dos de las innovaciones introducidas por Galdós con esta novela afectan al tratamiento de la ciudad y, en cierto modo, se contradicen. Por una parte, hay rasgos naturalistas como el intento de reflejar una realidad más objetiva dando cabida al mundo de las fábricas, de las tiendas, de la vida cotidiana... Pero por otro lado, predomina la mirada subjetiva del microcosmos de la ciudad, bien a través de la expresión directa de los personajes, bien a través de la fusión del narrador con ellos mediante el estilo indirecto libre. El narrador se introduce sobre todo en la mente de Isidora, cuyo pensamiento dibuja, colorea o emborrona los espacios de Madrid, según la ilusionen, desagraden o desengañen.

En cuanto al significado del espacio en la novela, Madrid e Isidora se asemejan en que están en continua metamorfosis. Si la ciudad aparece en construcción y hay diseminadas en la narración alusiones a su modernización (construcción del viaducto de Segovia y otras obras, planes de tranvías, fábricas, multiplicación de comercios, nuevos barrios para la burguesía, ferrocarriles...), Isidora es, en paralelo, un personaje en auto-construcción, que intenta mejorar siempre su apariencia y la de su entorno. Sin embargo, ambos procesos de mejora resultan en definitiva un enmascaramiento de la realidad, un lavado de cara que no afecta a la esencia de las cosas. Aunque en Madrid se construyan nuevos barrios o monumentos y se mejoren las infraestructuras, no desaparecen los arrabales ni las chabolas, sino en todo caso el carácter de la ciudad. Y aunque Isidora luche por borrar su identidad y crearse una nueva, no logra huir de la pobreza y alcanzar un buen estatus, sino que acaba perdiendo su nobleza de espíritu, y con ella, su esencia. Precisamente porque espacio y personaje sufren una evolución sin tregua, terminan por ser entes desdibujados. El Madrid de Isidora Rufete desaparece junto al Madrid con que sueña Isidora de Aransis, y ambas proyecciones del personaje se apagan, ya que acaba sola, sin identidad y sin hogar, perdida por las calles de la ciudad. La "holgazana con cabeza de viento"⁶ es finalmente arrastrada por el vendaval de su imaginación hasta mucho más abajo de donde había comenzado su peregrinar.

Bibliografía

- CAUDET, Francisco (1988): "La querrela naturalista. España contra Francia", en LISSORGUES, Yvan (ed.), *Realismo y naturalismo en España*. Barcelona: Anthropos. pp. 58-74.
- DENDLE, Brian (1988): "Galdós, Zola, y el naturalismo de *La desheredada*", en LISSORGUES, Yvan (ed.), *Realismo y naturalismo en España*. Barcelona: Anthropos. pp. 447-459.
- GULLÓN, Germán (1982): "Originalidad y sentido de *La desheredada*". *Anales Galdosianos*, año XVII: pp. 98-104.
- LÓPEZ-LANDY, Ricardo (1979): *El espacio novelesco en la obra de Galdós*. Madrid: Centro Iberoamericano de Cooperación.
- MARTINELL, Emma (1986): "Isidora Rufete (*La desheredada*) a través del entorno inanimado". *Letras de Deusto*, núm. 36: pp. 107-122.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2007): *La desheredada*. Madrid: Cátedra.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1990): "*La desheredada* en la novela", en *Actas del III Congreso Internacional de Especialistas Galdosianos*, vol. 2. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular. pp. 197-205.

⁶ Así llama la Sanguijuelera a su cuñado y verdadero padre de Isidora, Tomás Rufete (Pérez Galdós 2007: 100).

SANMARTÍN BASTIDA, Rebeca, "La reescritura de Madrid: de Mesonero Romanos a Ramón Gómez de la Serna" [en línea]. En: José Lara Garrido (dir.). *AnMal Electrónica*, núm. 23. Málaga: *Analecta Malacitana*, 2007. En: <http://www.anmal.uma.es> [Consulta: 25/02/08].

SOBEJANO, Gonzalo (1988): "El lenguaje de la novela naturalista", en LISSORGUES, Yvan (ed.), *Realismo y naturalismo en España*. Barcelona: Anthropos. pp. 583-615.